

(24)

hombres debia serme sospechoso, y por lo tanto reflexioné que este asilo solitario podia no ser habitado, ó acaso estarlo por algun sabio retirado del mundo. Me acerqué con precaucion, y vi que todos los contravientos de las ventanas estaban cerrados y que no salia humo de ninguna de las chimeneas; que la entrada de la casa estaba cubierta de yerba hasta el mismo umbral de la puerta; y en fin, que todo anunciaba no estar habitada por nadie.

CAPITULO XIX.

Dando la vuelta á una muralla exterior ó tapia que circundaba la casa, llegué á una puerta pequeña que comunicaba con un vergel delicioso: esta puerta no estaba cerrada, y nó tuve necesidad sino de empujarla un poco para verla abierta al momento: la rica fruta que cogí apagó mi sed y mitigó mi hambre; y despues desde el vergel donde yo estaba, entré en un jardin espacioso, cultivado con arte, y adornado de flores y de plantas estrangeras: sorprendido mas

(26)

y mas, hice ruido, llamé á la gente en alta voz, y nadie pareció: me aproximé á la casa: un picaporte solamente cerraba la puerta: la abrí, y me hallé en una especie de antesala, donde no vi mas que algunos toneles y cajas vacías: penetré mas adelante hasta un comedor donde habia una mesa cubierta de botellas y de vasos.

A fuerza de congeturas vine á presumir que esta casa debia ser el punto de reunion de alguna cuadrilla de ladrones; mas lo que yo no comprendia era el poco cuidado que parecia tenian en impedir la entrada, hallándola con la facilidad que estaba de manifiesto: mis sospechas en fin se confirmaron

(27)

cuando vi en la pieza inmediata un número considerable de pistolas, sables y trabucos.

Mi primera idea fue de salir sin dilacion de aquel sitio tan peligroso; mas sin embargo, despues reflexioné que los ladrones, si realmente tenian en esta casa su retiro, no volverian á ella hasta media noche; y que de consiguiente podia yo pasar allí el dia, y por la noche ir á ocultarme en una granja que estaba á la entrada del vergel; y figurándome lo peor, como lo era el suponer que ellos me viesen, mi exterior miserable era un pasaporte de seguridad.

A la boca de la noche la atmósfera se cargó de nubes, y se levantó un gran viento acompañá-

do de una fuerte lluvia. La granja donde yo queria pasar la noche estaba sin puertas y estaba cayéndose en ruinas por todas partes: no viendo parecer persona alguna, me decidí á permanecer á todo trance en la casa, y acostarme en un pequeño cuarto del segundo piso donde habia algunos haces de heno.

A media noche me despertaron grandes carcajadas de risas, y reconocí demasiado tarde mi imprudencia sin saber qué hacer para librarme del mal paso en que me hallaba. Sin embargo, armándome de todo el valor de que yo era capaz, creí me seria posible bajar la escalera y escaparme sin ser visto; pero lo que yo no habia pre-

visto era que la puerta del cuarto donde estaban los pretendidos ladrones, dando sobre un corredor cerca de la escalera, habia quedado abierta, y todo estaba alumbrado por una lámpara que tenian encendida en dicho corredor. Trataba de volver á subir para ocultarme hasta la mañana siguiente, cuando un tropezon que di ocasionó un ruido que fue oido, y salieron inmediatamente hácia mí diez hombres armados de sables y pistolas, que me condujeron á empellones al salon, los unos amenazando matarme, y otros enviarme preso como un ladron.

Sin parecer intimidado referí cómo me habia introducido en la casa; habiéndola creído desierta,

habia podido pasar allí la noche sin merecer se me imputasen intenciones sospechosas. El candor y firmeza con que yo me espliqué, me valieron la aprobacion del gefe, y me tendió la mano diciéndome: «Vamos, no tengas miedo; vas á probar el escelente Bourgne que jamas vió los almacenes de la aduana.»

No necesité mas para saber que estaba con unos contrabandistas: hiciéronme beber trago sobre trago una buena dosis, maldiciendo todos ellos á cada copa de vino á los empleados de aduana y á los monopolistas, dos clases de gentes que colocaban en una misma línea.

La mucha alegría de estos hom-

bres degeneró bien pronto en un sopor general: tomados casi todos del vino, se fueron arrastrando como pudieron á las camas que tenian en diferentes cuartos: el gefe, único que conservaba bastante presencia de espíritu para cerrar las puertas y apagar las luces, me dijo que yo pasaria el resto de la noche en la casa.

A la mañana siguiente estuve en pie mui temprano; pero los contrabandistas sin embargo se habian levantado antes, pues los hallé almorzando con buen apetito, y me convidaron á seguir su ejemplo, lo que hice sin cortedad: un momento despues llegó uno de ellos á advertirles que un destacamento de caballería se acercaba á

la casa. Al momento fueron cerradas todas las puertas y reforzadas por dentro con cadenas y barras de hierro. Las armas que yo habia visto fueron conducidas á una pieza grande situada en el piso bajo: tomadas estas precauciones, y habiendo el gefe reunido toda su gente en esta pieza, me dijo que era preciso me dejase vendar los ojos, protestando que no me sucederia ningun mal: consentí forzosamente en ello, y al momento me sentí coger en el aire por dos hombres, que despues de haber andado algun tiempo, me pareció bajaban una cuesta: entonces me dejaron libre, y luego que me hicieron andar un centenar de pasos, me desvendaron los

ojos, y me hallé en un cuarto subterráneo, alumbrado por una sola lámpara, y lleno de cubas de vino, de aguardiente y de cajas de the.

«El resguardo de las aduanas haria aquí una buena presa, me dijo el capitan, pero yo les prometo que no entrarán: á mas de que, aun cuando visitasen todos los rincones de la casa, no hallarán ni una onza de tabaco.»

Permanecimos todo el dia en este subterráneo: á la entrada de la noche un callejon oscuro de mas de doscientos pasos nos condujo á una trampa exterior que salia al punto mas retirado del monte, á corta distancia de la costa; me hicieron dar muchas vueltas á

(34)

derecha y á izquierda para desorientarme, y que en el caso de quererles hacer traicion no pudiese descubrir aquel retiro: dejáronme marchar deseándome buen viage.

////////////////////

CAPITULO XX.

—o—o—o—

Habiendo vuelto en mí y á mi libertad, y despues de algunas reflexiones sobre lo que me acababa de suceder, recorrí en mi imaginacion lo que habia hecho y lo que me restaba que hacer. ¿Pero me seria posible esponerme aun á las miradas de los hombres sin ser conocido? ¿No habia ya empleado todos los medios imaginables para librarme de ellos? Mis astucias, mis disfraces multiplicados, eficaces hasta este dia, ¿podrian serlo aun largo tiempo y burlar

: